

Juan Pablo I y Juan Pablo II en los umbrales del tercer milenio

Enrique DE LA LAMA

I. JUAN PABLO I, UNA ESPERANZA TRUNCADA

1. *La sucesión de Pablo VI*

Los dos cónclaves de 1978 resultaron extraordinariamente sorprendentes. Tras la operación quirúrgica sufrida en los comedios de su pontificado, Pablo VI apareció ya —prácticamente siempre— en estampa de progresiva endebilidad biológica: con dolores artríticos que no podía disimular, con dolores morales públicamente declarados. Era patente que la coyuntura histórica se teñía de sensibilidad dramática, de oscuros presentimientos. Contemplada desde hoy, causa admiración la personalidad de aquel magno Pontífice, que —en medio de la tormenta— seguía manteniendo ante la vida la solidez afirmativa de un renacentista, y que había tallado en la piedra de su vértigo y de su temor a la muerte una filigrana elegante de su sentir moderno y de su humanismo. Su intimidad —hoy lo sabemos bien— rezumaba dolor; pero también —y no es un tópico, sino un dato— serena confianza en el futuro de la Iglesia. Dolor —y casi angustia— por un espectáculo eclesial que no podía transformar; sufrimiento, que se convertía en deseo de pasar definitivamente del cuadro de la historia para que su sucesor enfrentase con nuevas luces la procelosa situación. A partir de aquí, serenidad ante el resultado del cónclave que elegiría a su sucesor¹.

1. «La hora llega. Desde hace algún tiempo tengo su presentimiento. Más todavía que el cansancio físico, dispuesto a ceder en todo momento, el drama de mis responsabilidades parece sugerir como solución providencial mi éxodo de este mundo, a fin de que la Providencia pueda manifestarse y proporcionar a la Iglesia mejores suertes. La Providencia tiene, indudablemente, muchas formas de intervenir en el juego formidable de las circunstancias que oprimen mi pequeñez; pero el

¿En quién pensaba Pablo VI como su sucesor? La pregunta es audaz y carece, hoy por hoy, de respuesta paladina. Estoy de acuerdo con los que piensan que el consistorio celebrado el 27 de junio de 1977 pretendía abrir a Giovanni Benelli el camino hacia la Cátedra de Pedro. Digo «abrir el camino»; no, «abrir directamente la puerta». Es decir, que Pablo VI —al prescindir del imprescindible «Sostituto della Segreteria di Stato» enviándolo a Firenze y creándolo luego cardenal— creía avizorar que, tal vez tras un pontificado de transición, Benelli, a quien juzgaba como personalidad indiscutible, acabaría ciñendo la tiara pontificia. De haber resultado así, Giovanni Benelli —un *papabile* demasiado joven para las usuales preferencias de los cónclaves— se hubiera sentado sobre el Soglio de Pedro a los 65 ó 67 años, templado ya por la edad y adornado con la experiencia pastoral de una diócesis de primera magnitud.

En mi opinión, Pablo VI pensaba en un sucesor inmediato más modesto —adecuado por sus cualidades biológicas y espirituales para un pontificado de transición, hombre espiritual capaz de tonificar el corazón herido de la Iglesia—: tal era Albino Luciani, Patriarca de Venecia. Hoy conocen todos lo que entonces conocían —sobre todo— los interesados en obtener un resultado inteligente del cónclave: tales eran, las personalidades líderes del Sacro Colegio y, naturalmente, el Papa —mucho más que nadie—.

2. El cónclave más breve de los cinco últimos siglos

Era sabido que Luciani no sólo amaba a Pablo VI con la ingenua sencillez de los hombres buenos, inclinados siempre a favor de la autoridad legítima: incluso había en él algo de noble visceralidad, que se percibía en la gran admiración con que hablaba siempre de él y en el enjuiciamiento severo que dedicaba a los detractores de Montini. Ciertamente —si se puede hablar así— era un *montiniano* a carta cabal y esta nota debió de ser determinante a la hora de un cónclave en que los Padres Cardenales con principesca generosidad votaron en homenaje al augusto Pontífice recién desaparecido. Juntamente —y, tal vez, todavía más— procuraron sentar en la Silla de Pedro una personalidad de talante ajeno al de Pablo VI y renunciaron a una elección fuerte y arriesgada. El Papa Montini, que gustaba de los gestos significativos, parece haber indicado a los buenos

hecho de mi llamada a la otra vida parece obvio, para que entre otro más valioso y no vinculado por las presentes dificultades». PABLO VI, *Pensamiento sobre la muerte*, publicado en «Osservatore Romano», de 5.VIII.1979 y «Avvenire», 6.VIII.1979 con ocasión del primer aniversario de su fallecimiento. Cfr. et. «Ecclesia» 25.VIII.1979, 12.

entendedores esta solución². Lo explicaba el propio Juan Pablo I al día siguiente de su elección: «Juan XXIII quiso consagrarme obispo con sus propias manos, aquí en la Basílica de S. Pedro (...) Pablo VI no sólo me hizo Cardenal, sino que también, hace unos meses, sobre la pasarela de la Plaza de S. Marcos, me puso colorado ante 20.000 personas, porque quitándose su estola la colocó sobre mis hombros; jamás me he puesto tan colorado» (*Alocución a la hora del Angelus*, 27.VIII.78).

A pesar de todo, en las vísperas del cónclave, Albino Luciani no parece haber atraído la atención de los periodistas tanto como Giovanni Benelli; ni siquiera como otros purpurados tales como Siri, Pappalardo, Poma o el mismo Pignedoli. Así como Benelli era para la prensa el «delfín» de Pablo VI, Luciani aparecía como un segundón de poco interés.

Para la prensa, digo. Porque los hechos vinieron a demostrar otra cosa bien distinta. El cardenal Felici —Prefecto, a la sazón, del Tribunal de la Signatura Apostólica y por otra parte extraordinario conocedor de la Curia— así como el propio Cardenal Villot —Secretario de Estado de Pablo VI y «Camerlengo di Santa Romana Chiesa»— preconizaban en la Capilla Sixtina, a punto ya de iniciarse los trabajos del cónclave, la elección del Patriarca de Venecia: —ni Siri, ni Benelli— Luciani³.

Albino Luciani —Juan Pablo I— fue elegido en el cónclave más breve que recuerda la historia en los últimos cinco siglos. «Una elección verdaderamente carismática», aseguraba el Cardenal Suenens⁴. Jamás tantos países estaban representados en el Sacro Colegio. Jamás se habían reunido en un cónclave tal cantidad de electores. «En sólo nueve horas de votaciones, 110 cardenales coinciden “casi por aclamación” —como me diría personalmente uno de ellos— en la persona que había de asumir el ministerio papal»⁵. La sospecha —sustenta-

2. La revista «Ecclesia» titulaba —en este sentido— muy significativamente un artículo del Cardenal Gabriel María GARRONE, *La sorpresa de un cónclave. El último regalo de Pablo VI a la Iglesia*. «Ecclesia» 30 de septiembre de 1978, 1191-1192.

3. Cfr. Ives-Marie HILAIRE, *Jean Paul I^{er}*, en Philippe LEVILLAIN (dr.), *Dictionnaire historique de la Papauté*, ed. Fayard, 1994, 955.

4. Cfr. Cardinal SUENENS, *Une élection vraiment charismatique*, en «La documentation catholique», 15 de octubre de 1978, 856. «Tutti sono restati sorpresi dalla brevità del Conclave, che taluni avevano invece previsto lungo e combattuto». *La Civiltà Cattolica*, a. 129 (1978), vol.III, 345. -Cfr. et. *Ibidem*, 523-524. La elección fue al cuarto escrutinio: cfr. Ives-Marie HILAIRE, *Jean Paul I^{er}*, l.c. -Cfr. et. Joaquín Luis ORTEGA, *Del Cónclave a la elección de Juan Pablo I. Crónica de muchas sorpresas ocurridas en pocas horas*, «Ecclesia» 2 de septiembre de 1978, 19.

5. Joaquín NAVARRO VALLS, *Fumata blanca. Pablo VI/Juan Pablo I/Juan Pablo II*, Rialp, Madrid 1978, 12. «“Après le premier tour de scrutin, il y avait une telle dispersion des voix qu’ón craignait un Conclave long et difficile” (Cardinal Koenig). “Dès le deuxième tour, les choses étaient

da en comentarios, incluso, cardenalicios— de que la elección en tan breve espacio de tiempo habría sido un resultado «carismático» y en cierto modo «milagroso», cundió sabrosamente por aquellos días⁶. El Cardenal Suenens —tan próximo al movimiento carismático— lo veía con particular evidencia; pero no era el único: el propio Cardenal Willebrands —por citar un purpurado holandés— hablaba impresionado de aquella «euphorie soudaine» que estalló al final del cuarto escrutinio⁷. Tal vez a esta opinión se estaba refiriendo el cardenal Villot cuando —un mes más tarde— en la mañana del sábado 14 de octubre, dirigiéndose a los cardenales presentes en la homilía de la solemne misa «pro eligendo Papa» aseguraba que el cónclave es trabajo de los electores, los cuales no cuentan con una iluminación celestial determinante de lo que debe ser hecho. Como hombres libres y conscientes de lo que se juega entre sus manos, los cardenales en espíritu de oración han de ponerse frente a su responsabilidad para acabar la tarea con acierto: «No será, pues, milagro el resultado, sino fruto de la acción y de la oración de hombres que, con todas sus fuerzas desean ser cada día más amigos de Cristo»⁸.

3. Juan Pablo I, «veramente amabile»

A distancia de casi veinte años no tiene ningún interés levantar acta de tal o cual enjuiciamiento —tan severo como injusto— vertido sobre la personalidad de Juan Pablo I por aquellas semanas o inmediatamente después de su muerte. La reacción del pueblo numeroso y la convergencia de tantos comentarios de prensa valen por un plebiscito: era un hombre amable en el cabal sentido del término. Estaba adornado de cualidades, virtudes humanas y cristianas —cortesía, amabilidad, sencillez, alegría, sentido del humor— que le hacían ca-

tellement claires que le Cardinal Luciani a mis sa main sur mon bras, comme s'il voulait me retenir" (Cardinal Marty). "Une convergence s'est faite au troisième tour et s'est confirmée au quatrième" (Cardinal Koenig). "Ce fut un trois-quarts royal" (Cardinal Suenens). "Ce fut un éclair dans un ciel sans nuage" (Cardinal Bertoli). "Le Pape a été plebiscité" (P. Panciroli). "Ce fut une quasi acclamation" (Radio-Vatican). Dossier de *L'élection de Jean Paul I^{er}*, en «La documentation catholique», 24 de septiembre de 1978, 801, nota 1.

6. Cfr. Card. SUENENS, *l.c.*, donde se refieren varias opiniones de purpurados. Es evidente que los propios protagonistas del cónclave quedaron profundamente impresionados ante un acontecimiento único en varios siglos y en un momento de la historia que hacía imposible prever algo semejante. Aún así debe observarse la declaración del Cardenal Marty: «...les cardinaux ont démontré qu'ils savaient garder le secret, même hors du Conclave, puisque rien n'avait percé de nos intentions de vote. Or, c'est trop évident, nous nous sommes concertés...» Cfr. «La documentation catholique», 15 de octubre de 1978, 856, nota 2.

7. Cfr. «La documentation catholique», 24 de septiembre de 1978, c., 801, nota 1.

8. *La Civiltà Cattolica*, a. 129 (1978), vol.IV, 270.

paz de atraer multitudes con una dulce fascinación. Eso, por no citar las virtudes esenciales, cuyos nombres —fe, esperanza y caridad— habían campeado en el escudo pontifical desde su ordenación para la diócesis de Vittorio Veneto. *Humilitas* —y nadie se atrevería ya a negarle el honor de virtud tan gigantesca— fue el lema de sus días como Sucesor de Pedro.

Era publicista discreto, popular sin ser famoso, cultivado sin ser brillante, de expresión sencilla, con decidida vocación catequística nunca pospuesta a las urgencias del gobierno episcopal y patriarcal, virtuoso de la anécdota. Ahí están páginas como las de *Catechetica in briciole* para comprobarlo o el pequeño volumen *Illustrísimos Señores*, tan difundido por aquella entrañable y efímera época de su pontificado.

Decía el Cardenal Marty en alguna declaración al filo del cónclave recién concluido que habían elegido un Papa con fuerte sentido pastoral y con gran cultura, hondamente persuadido de la grandeza de la empresa ecuménica y fiel heredero del espíritu del Concilio. El elogio, dedicado por un francés, no es de despreciar. Luciani había culminado su tesis doctoral, en 1947, dos años después de finalizar la II Guerra Mundial. Versaba sobre *el origen del alma humana según Antonio Rosmini*. Es uno de esos indicios que, aun siendo leves, son significativos dentro de la época: los dos papas de nombre Juan Pablo, tan diferentes como bien se ve, habían captado en temprana época —cada cual a su manera— la relevancia antropológica, que luego ha venido a reconocerse como un eje o dimensión inexcusable de cualquier planteamiento teológico-pastoral.

Rosmini, por los años cuarenta, distaba mucho de ser devoción compartida. Luciani elaboró su tesis sobre un tema que exigía apertura y no parece que tuviera dificultades. Todavía no había llegado la crisis de la «Nouvelle Théologie», que señalaría —dentro del pontificado de Pío XII— uno de los momentos más excitantes y aun dolorosos para los dedicados a la investigación teológica. Pero la tesis de Luciani se defendía en la Gregoriana, libre —por entonces, y como lo había sido por varias centurias— de toda sospecha de flirteo con lo que se interpretaba como modernismo reviviscente. Además los años cuarenta fueron de tranquilidad teológica: la guerra mundial con sus muertos y heridos y su poder de destrucción, las deportaciones, los campos de concentración y exterminio, las amenazas siempre mayores que culminarían en la terrible experiencia atómica: esos flagelos acaparaban toda la angustia. Es curioso notar que precisamente en esos campos de concentración, grandes y célebres intimidaciones iban elaborando inquietudes —teológicas, religiosas— que serían transpasadas a las generaciones inmediatamente previas o contemporáneas al Vaticano II.

Más modestamente que esas grandes personalidades —pongo por caso un Bonhoeffer—, Luciani analizaba por esa misma época de «los cuarenta» la an-

tropología de Rosmini. Tal vez, aquí está el punto de arranque de cierta fama de noble apertura que acompañó siempre a Albino Luciani.

Nadie sin embargo había dudado de su firmeza. Su conducta había sido franca, estentórea incluso, si alguna vez hizo falta un gesto así. «La crisis pos-conciliar —relata Mondin— se hizo sentir también en la diócesis de Vittorio Veneto: abandono del sacerdocio, descenso de las vocaciones, interpretaciones erradas o arbitrarias del Concilio, fuerte difusión del marxismo y del comunismo. El obispo Luciani tuvo que unir entonces a su natural apacible la firmeza característica del maestro y del pastor. Tenía gran compasión para con las debilidades humanas y para con aquellos que sinceramente buscaban vivir según la enseñanza de la Iglesia; pero se mostraba severo con cuantos ponían en discusión —fuesen sacerdotes o laicos— las enseñanzas del Papa o del Concilio. Cuando salió la *Humanae vitae*, que tantas polémicas y críticas suscitó en campo católico y no católico, Luciani se alineó abiertamente con Pablo VI y le manifestó vivo reconocimiento por su valiente testimonio en favor del Pueblo de Dios y de sus pastores»⁹.

4. *El programa que no pudo cumplir*

No sabemos cuál hubiera llegado a ser la fecundidad de aquella mansa lluvia —que era la suave doctrina y el dulce talante del nuevo Papa— cayendo sobre el «Waste Land» de los últimos «novecento». Todos pudieron comprobar que Juan Pablo I optaba decididamente por la continuidad: el mismo nombre escogido era todo un signo. En la mañana del día 27 de agosto, a las 9, el Papa concelebró la Eucaristía con los cardenales que habían participado en el cónclave y seguidamente, a las 10:15, se dirigía al mundo en un primer mensaje que declaraba su proyecto. Aunque es cierto que no hay un pontificado igual a otro, su programa —nitidísimo— era el de quien asume con filial reverencia y sin afán alguno de originalidades el rumbo de su predecesor: «Nuestro programa será continuar el suyo (el de Pablo VI)... Queremos continuar sin fatiga en pos de la herencia del Concilio Vaticano II, cuyas sabias normas todavía necesitan ser llevadas a efecto, vigilando no sea que un empuje generoso, pero imprudente, tergiverse sus contenidos y significados; o por el contrario, que fuerzas retardatarias y temerosas ralenticen el impulso magnífico de renovación y de vida... Queremos conservar intacta la gran disciplina de la Iglesia... Queremos recordar a la Iglesia entera que su primer deber sigue siendo la evangelización, cuyas lí-

9. Giovanni MONDIN, *Giovanni Paolo I*, en Id., *Dizionario Enciclopedico dei Papi. Storia e insegnamenti*, Città Nuova, Roma 1995, 584.

neas maestras nuestro predecesor Pablo VI ha condensado en un memorable documento... Queremos continuar el esfuerzo ecuménico, que Nos consideramos como la última voluntad de nuestros dos inmediatos predecesores... Queremos proseguir con paciencia y firmeza en aquel diálogo sereno y constructivo que el nunca suficientemente llorado Pablo VI puso como fundamento y programa de su acción pastoral, describiendo sus líneas maestras en la gran Encíclica *Ecclesiam suam*... Queremos, en fin, apoyar todas las iniciativas laudables y buenas que puedan tutelar e incrementar la paz en el mundo turbado: para lo cual pedimos la colaboración de todos los hombres buenos, justos, honestos, rectos de corazón...»¹⁰.

Acertaban quienes veían en el resultado del cónclave una opción por la continuidad. En su brevísimo pontificado, Juan Pablo I se esmeró en fomentar las pacíficas relaciones entre los pueblos: en su primera audiencia (6 de septiembre) mostraba su alegría por las conversaciones de Camp David —Carter, Sadat y Begin—. Se hizo popular con su catequesis: el Papa quiso ejercer su opción preferencial por los humildes hablando de modo que todos le entendiesen —Fe, Esperanza, Caridad—. Verdades de a puño. Exhortó a los dos episcopados —argentino y chileno— para que llegasen a un entendimiento y a una acción conjunta en pro de la paz amenazada cuando el conflicto por el canal de Beagle. Decidió prescindir de la silla gestatoria; tropezó, sin embargo, con la amorosa protesta de los peregrinos que insistieron en que, elevado sobre la multitud, se contemplaba mejor al Papa; tropezó también con la incomprensión de los que confunden la tradición con las tradiciones o incluso con el costumbrismo. Cedió el Papa Luciani y retornó a la silla gestatoria, que, sin embargo, tras su fallecimiento súbito, nunca más se volvió a usar. Porque, para qué negarlo, en aquellas breves semanas de su pontificado Luciani se vio acechado por el sufrimiento. Su sonrisa forma parte esencial de su ofrecimiento al mundo y de su aportación al positivo fluir de un caudal de esperanza; ahora bien, mientras la sonrisa era un presente —antes de que se tornase para el pueblo en generoso recuerdo e íntima «saudade»— los entendidos aireaban su desconocimiento de la curia, el estancamiento de los «dossiers» sobre su mesa de trabajo, su inexperiencia en el campo diplomático. Pero en aquel breve espacio temporal habían ocurrido cosas importantes, algunas patéticamente hermosas y pletóricas de significado: el 5 de septiembre, dos días después de su solemne entronización, el metropolitano Nikodim de Leningrado, que había venido a Roma para asistir a los funerales de Pablo VI y para conocer al nuevo Pontífice, una vez elegido, fue recibido en audiencia por Juan Pablo I en su biblioteca privada. El noble metropo-

10. *Acta JOANNIS PAULI I. Pontificatus Joannis Pauli I Exordia*. Primer Mensaje televisado y radiado al Mundo, en «Acta Apostolicae Sedis», LXX (1978) 694-696.

lita, que frisaba en los 50 años, falleció súbitamente a los pocos minutos de comenzada la conversación: «Hace dos días —confiaba el Santo Padre al clero de Roma— ha muerto entre mis brazos el metropolitano Nikodim de Leningrado. Yo estaba respondiendo a su saludo. Os aseguro que nunca en la vida había escuchado palabras tan hermosas para con la Iglesia como las que él acababa de pronunciar; no puedo decirlas, quedan en secreto. Verdaderamente estoy impresionado. ¡Ortodoxo, pero cómo ama a la Iglesia! Y creo que haya sufrido mucho por la Iglesia, haciendo muchísimo por la unión»¹¹.

Fueron para él, días intensos. En cuatro semanas, además de las tradicionales audiencias inaugurales al Cuerpo Diplomático, a los representantes de los «media», a las misiones especiales llegadas para la solemne entronización e imposición litúrgica del «palio primacial», habló en días sucesivos al clero romano, recibió al episcopado de los Estados Unidos y les habló sobre la grandeza y santidad de la familia cristiana, habló a los obispos filipinos sobre evangelización, insistió sobre la opción por los pobres, enseñó sobre la naturaleza de la autoridad episcopal, deploró las irregularidades litúrgicas y clamó contra la violencia. Hubiera él deseado dar un fuerte impulso a la solución jurídica del Opus Dei y de hecho había aprobado una carta con el fin de poner en marcha las correspondientes deliberaciones: pero no llegó a estampar su firma¹².

El amanecer del 29 de septiembre, el mundo supo que todo había terminado y que quedaban en flor los mejores deseos. «Los entendidos nos habían pronosticado que el Papa Luciani podría darnos más de una sorpresa. Y parecían no andar descaminados en su advertencia. Pero jamás hubiésemos imaginado que nos iba a sorprender tan pronto con la noticia irreversible de su muerte...». Y continuaba el editorial de «Ecclesia» evocando con patética emoción al incomparable desaparecido, desacostumbrado e imprescindible al mismo tiempo: «¿Ha muerto, de verdad, un Papa? Ni nosotros nos habíamos hecho todavía a la idea de que fuese él precisamente, ni él mismo parecía haberse posesionado totalmente de su papel. Se sentaba aún con timidez en el borde de la cátedra papal. Llamaba con los nudillos en las puertas de las oficinas vaticanas pidiendo permiso para entrar. Tenía todavía sus libros y sus cosas en Venecia. Ni ha definido un dogma, ni ha convocado un consistorio, ni ha firmado una encíclica, ni ha canonizado un buen cristiano, ni ha encontrado, probablemente, el tiempo indispensable para escribir su testamento.— La muerte se lo ha llevado en flor...

11. Boletín de la «Sala Stampa» de la Santa Sede, 7.IX.1978, cit. en «La Civiltà Cattolica», año 129, vol IV (1978) 68-69.

12. Cfr. Salvador BERNAL, *Recuerdo de Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1996, 199.

Pudo haber sido un pontificado como un viento impetuoso y apenas si se ha quedado en una brisa leve»¹³.

II. JUAN PABLO II, O «EL VALOR DE LA FATIGA»¹⁴

1. *El cónclave de octubre*

Todavía no se había repuesto el mundo de su sorpresa cuando se había iniciado el segundo cónclave de 1978. Habían corrido las dos primeras semanas del mes de octubre y las labores de la vendimia estaban a punto de concluir en los países mediterráneos. Cosecha abundante, también, de predicciones durante aquellos días romanos. Eran tantos los «papabili» que alguno de ellos había de ser el elegido. El, se comentaba, está en los periódicos. ¿Italiano? Sí, italiano o, quizás, extranjero. Estaba dicho todo: una cosa y su contraria.

En la prensa, el perfil del nuevo papa era tópico ardiente: «Todo parece indicar que los cardenales buscarán un pastor. Un pastor que al mismo tiempo, sepa administrar; un Juan Pablo II que lleve adjunto al número de orden, también la experiencia administrativa; que añada a la figura evangélica, humilde y simple de Albino Luciani, el manejo de los asuntos públicos eclesíásticos»¹⁵.

Lo ocurrido en aquel último mes y medio encerraba una lección: «El elegido ha sido glorificado; pero el cónclave ha recibido un varapalo», dijo un purpurado de la curia¹⁶. Se daba por cierto que la carismática personalidad de Juan Pablo I había sido una maravilla en orden a mejorar la imagen «ad extra» de la Iglesia. Pero el «entourage» del Papa que acababa de ser abatido por el infarto, había descubierto en pocas semanas que el agosto desaparecido no hubiera podido enfrentar sin fuerte angustia el peso de la tarea diplomática, que le oprimía el peso de los papeles, que para él la curia era una máquina desconocida¹⁷.

13. Editorial, *Apenas una esperanza...*, «Ecclesia», 7 de octubre de 1978, 1219.

14. «Escucha bien, escucha los golpes del martillo, la sacudida, el ritmo. El ruido te permite sentir dentro la fuerza, la intensidad del golpe. Escucha bien, escucha, eléctrica corriente de río penetrante que corta hasta las piedras, y entenderás conmigo que toda la grandeza del trabajo bien hecho es grandeza del hombre...». JUAN PABLO II, *La cantera*: I. *Materia*, I. Por esta época Wojtyła comenzó a reconocer el valor de la fatiga.

15. Andrés BARRIALES, *Vaticano. Crónicas. 14 de octubre de 1978. Comienza el Cónclave. Todo a punto para la elección del Papa*, «Ecclesia», 14 de octubre de 1978, 16.

16. Cfr. Ives-Marie HILAIRE (dr.), *Histoire de la Papauté. 2000 ans de mission et de tribulation*, Tallandier, Paris 1996, 482.

17. Cfr. *Ibidem*.

Por lo demás —*as a person*—, el Papa Luciani había sido como un milagro. «Incluso los cardenales menos seguros en un principio, debieron convencerse después de su muerte inesperada, ante los centenares de miles de personas que han desfilado con devoción y cariño ante su cadáver»¹⁸. Sin embargo, estaba reciente la realidad del día a día: «... este cónclave «ha de ser más meditado». En definitiva —según los expertos vaticanistas—, el cónclave deberá ahora encontrar al administrador de una doble herencia: la de Luciani, pero también la de Montini —Pablo VI—, en cuanto a forma pastoral del Papado»¹⁹.

La sensibilidad moral del cónclave —en octubre de 1978— experimentaba el influjo de un gran foco de irradiación: el Concilio. Es decir, la interpretación, progresiva recepción y actuación del Vaticano II, concluido hacía poco más de dos lustros. Hacía falta una pastoral de diálogo —sobre los pasos ya dados por Pablo VI en consonancia con el espíritu y la letra de la *Gaudium et spes* y según la encíclica *Ecclesiam suam*—.

En el primer cónclave, dos secciones del «colegio» de cardenales —polarizadas en sendas personalidades: Siri y Benelli— catalizaron una reacción inicial de contraste en el seno del electorado, que de súbito encontró salida en la figura de Juan Pablo I²⁰. En el segundo cónclave, al reproducirse el mismo planteamiento inicial, los electores se decantaron hacia la solución largo tiempo soñada pero increíble, que hacía profeta a Morris West en *Las sandalias del Pescador*. La Santa Sede, que parecía tan débil dos meses antes, se mostraba ahora con un vigor que determinó el estremecimiento de algunas importantísimas Cancillerías. «La fuerza que emanaba de la persona del nuevo Papa contrastaba con aquella sonrisa angelical de su predecesor, cuya desaparición súbita dio la razón a quienes pensaban que la Santa Sede estaba necesitando un hombre de carácter, un hombre nuevo, que representase a la Iglesia del posconcilio»²¹.

El nuevo Pontífice adquirió una popularidad extraordinaria desde la misma tarde de su elección. El cardenal Felici —que en su calidad de Protodiácono anunció desde la logia central de San Pedro el «*gaudium magnum, habemus papam*»— pronunció el apellido del neófito «a la polaca»: el desconcierto recorrió la Plaza en breve, intenso murmullo —sorpresa, hilaridad, interrogación—,

18. Andrés BARRIALES, l.c.

19. *Ibidem*.

20. Acerca de esta cuestión, se leerá con fruto el interesante estudio de Piotr MAJER, «*Universi Dominici Gregis*». *La nueva normativa sobre la elección del Romano Pontífice*, «*Ius Canonicum*» 72 (1976) 669-712.

21. Philippe LEVILLAIN, *Jean Paul II, Karol Wojtyla*, en Id. (dir.), *Dictionnaire historique de la Papauté*, Fayard, Ligugé/Poitiers 1994, 957.

como un escalofrío sentido por la multitud al escuchar un nombre que interpretaron como africano.

Karol Wojtyła tomó el nombre de su inmediato predecesor; asumió su programa. «El Espíritu —escribía al día siguiente Eugenio Montes— es viento que sopla hacia donde quiere. Desde el tormentoso huracán miguelangelesco que estremece la Capilla Sixtina bajó a los purpurados esa inspiración de elegir Pontífice al cardenal arzobispo de Cracovia. Así se pone la suprema esperanza en persona de grandes virtudes intelectuales y morales, y así se consagra a una nación que tanto ha padecido por conservar, como heroicamente conserva, su fidelidad a Roma. Polonia es un pueblo mártir. Por su leal actitud respecto a la fe católica y la cultura latina, ha sufrido martirio desde que, a caballo del año 1000, Boleslao el Intrépido, a la orilla del Vístula, como si fuese a la orilla del Tíber, proclamó: «Nosotros, siempre defendiendo el sepulcro de Pedro»»²².

No todas las plumas se mojaban en licores áulicos. Pero la emoción era intensa. «El Vaticano II había descubierto al mundo personalidades vigorosas, que no eran necesariamente italianas. Tras aquellos tiempos en que los Papas se elegían entre los vástagos de las grandes familias de Italia o de las nobles estirpes de Roma, ahora se suspiraba por un Papa venido de fuera»²³.

El que un historiador «laico» y observador tan fino como Salvador de Madariaga echase su cuarto a espadas sobre el tapete de la prensa nacional, intentando a duras penas tomar la rienda de su sorpresa, es toda una indicación de los quilates de originalidad que correspondían al resultado del cónclave: «La segunda elección papal de nuestro año —decía— quedará en la Historia como el fin de cuatro siglos y medio de monopolio italiano del Vaticano. No es cosa de condenar en bloque esta era, que hoy se ve claramente como la consecuencia natural de la era de las naciones medias, ni muy grandes ni muy pequeñas. El mero hecho de que los cónclaves sabían que el nuevo Papa sería italiano era para el Vaticano como una patente de libertad de todo nacionalismo. Lo que verdaderamente ha acarreado el fin de la era italiana ha sido la nueva dimensión histórica que es no ya la media, sino la continental. Al abrirse el cónclave lo que se planteó no fue si el Papa sería italiano o no, sino si el papa sería pro-soviético o no»²⁴.

22. Eugenio MONTES, *Recuerdos de Cracovia, la sede de Wojtyła*, «ABC», miércoles 18 de octubre de 1978, 3.

23. LEVILLAIN, l.c.

24. Salvador DE MADARIAGA, *El nuevo Papa*, «Los domingos de ABC» 12 de noviembre de 1978, 7.

La verdad es —creo yo— que Madariaga no abusaba extrapolando términos. A lo sumo, era un abuso bastante razonable²⁵. Veinte años más tarde que él —contando con perspectiva y experiencia— el profesor Philippe Levillain (buen vaticanista, como director que fue de l'École française de Rome), analiza con sagaz intuición: «Entre el cónclave, que probablemente vio en el arzobispo de Cracovia al representante de un gran país católico bajo régimen comunista y sometido a la alta vigilancia soviética, y la opinión pública, que recibía así un “defensor legis” frente a su más grande adversario (el materialismo ateo), se establecía una coherencia. El pontificado, entregado a un atleta de Dios, prometía un gran debate espiritual y geopolítico»²⁶.

Alguien dijo que el nuevo Pontífice iba a ser anticomunista furibundo, implacable defensor de los valores de Occidente. Personalmente, nunca he creído en tales clarividencias; y en este tema menos que en ningún otro. No era fácil dar en el clavo. Pero la noticia había sido señera y desafiaba a los inteligentes: «... considero —aventuraba Madariaga— que esta elección de un polaco conservador, pero nada reaccionario, que se ha distinguido por su inteligencia y firmeza en la lucha contra la Unión Soviética en la vida polaca es un mensaje bien claro para todos: *el que no está conmigo está contra mí*: y todo el que niega la libertad humana está contra todos los hombres»²⁷.

Hay algo de alegría «naïve» en esta reacción del viejo Embajador, ante la personalidad de Wojtyła: «En estas circunstancias, haber roto la tradición italiana para elegir a un polaco puede calificarse de idea genial. (...). Todo lo que se sabe de Juan Pablo II es excelente. Inteligencia, voluntad, experiencia personal (Auschwitz estaba en su archidiócesis), prudencia y valor. En suma, una gran elección hecha para un cónclave bien inspirado»²⁸.

25. Con mentalidad de vaticanista, no andaba lejos de esta opinión Andrés BARRIALES, *Juan Pablo II, Obispo de Roma. Una «ostpolitik» vaticana más realista*, «Ecclesia», 18 de noviembre de 1978, 23.

26. LEVILLAIN, I.C. Y continúa Levillain: «Los monstruos sagrados de la escena internacional, que habían conducido los intereses de los pueblos en nombre de ideologías cómplices o rivales, habían desaparecido: Stalin en 1953; Churchill en 1965; De Gaulle en 1970; Mao Tsé Tung en 1976. Sus epígonos estaban inscritos en la lógica de las posiciones adquiridas o de las posiciones amenazadas. El hecho religioso se percibía en las memorias como un relieve erosionado por el siglo XX de las sociedades que tenían por símbolo el muro de Berlín (1962)... A una escena internacional vacía, Juan Pablo II aportaba, si no una esperanza general, sí al menos una promesa de discurso sobre el mundo, es decir, una referencia para el debate entre el hombre y la historia. El pontificado de Juan Pablo II estaba llamado a ser —según la opinión pública— una *anamnesis*, es decir, un recuerdo y a una explicitación del sentido de Iglesia en el último cuarto del siglo XX. Le fue asignada una función de modernidad responsable» (*ibidem*).

27. Salvador DE MADARIAGA, I.C.

28. *Ibidem*.

2. *El programa de un Papa por sorpresa*

Sería interesante poder precisar hasta qué punto Karol Wojtyła pudo asumir un programa concienciado —más o menos explícitamente— en el seno del cónclave y fruto de las legítimas pretensiones expresadas de alguna forma por los electores. O dicho de otro modo: ¿hasta qué punto el programa de Juan Pablo II se corresponde con un proyecto del cónclave?²⁹.

El actual Pontífice es exquisitamente delicado al valorar las comisiones que se le hacen. Ahora bien: por una parte, el Papa no es elegido para realizar los planes del cónclave, como si estuviese atendido a un «ethos» electoral como el que está vigente en las sociedades democráticas. A la vez, sin embargo, no se puede desconocer el peso psicológico que han debido de ejercer sobre Karol Wojtyła —tan sorprendido por el resultado del cónclave como todo el resto de participantes que le dieron su voto— las deliberaciones que desembocaron en su elección canónica. Tal vez el indudable afán de coherencia con los anteriores pontificados —sobre todo con el de Pablo VI— que se percibe en Juan Pablo II, obedezca a un «reflejo genético»: *genético*, en cuanto que tiene su raíz en la misma «novitas vitae» inaugurada al acceder al Sumo Pontificado: «El carácter imprevisible de los acontecimientos que se han sucedido en tan poco tiempo —declaraba Juan Pablo II en la mañana siguiente a su elección— y la insuficiencia de la respuesta que podría venir de nuestra parte nos obligan a volvernos hacia el Señor y a poner en Él toda nuestra confianza. No nos está permitido trazar ahora programas que deben ser fruto de una larga reflexión y de una cuidadosa elaboración. Pero una suerte de compensación, que es un signo de la presencia confortante de Dios, viene a suplir esta carencia. Hace poco más de un mes, todos hemos escuchado bajo las históricas bóvedas de esta Capilla —y más allá— la alocución pronunciada por el papa Juan Pablo I al alba de su ministerio pleno de promesas»³⁰.

Seguidamente el Papa asumía la pauta de su predecesor señalando en concreto los siguientes rasgos: aplicar el Concilio en su totalidad, caminar —sobre

29. «Fin dall'inizio del suo pontificato Giovanni Paolo II manifestò la sua ferma volontà di promuovere la ricezione sia nello spirito che nella lettera del Vaticano II, seguendo in questo il "programma elettorale" che noi attribuiamo al conclave da cui Wojtyła uscì vescovo di Roma». Jan GROOTAERS, *Il Concilio, sfida del Pontificato di Giovanni Paolo II*, en Augustin FLICHE/Victor MARTIN, J. B. DUROSELLE/E. JARRY; Guerrino PELLICCIA/Giacomo GASTONE/Elio GUERRIERO (coordinadores sucesivamente de las ediciones francesa e italiana), *Storia della Chiesa*, XXV/2: Maurizio GUASCO, Elio GUERRIERO, Francesco TRANIELLO (coofs.), *La Chiesa del Vaticano II (1958-1978)*, parte seconda, Ed. San Paolo, Torino 1994, 670

30. JUAN PABLO II, *Primer mensaje al mundo*, pronunciado tras la Misa de clausura del cónclave y emitida en directo por televisión en la mañana del 17 de octubre de 1978. Cfr «La Documentation Catholique» LXXVI (1978) 902.

todo— a la luz de la Constitución *Lumen gentium* y de su doctrina sobre la Iglesia, desarrollar la colegialidad episcopal, tomar conciencia él mismo de su nueva condición al servicio del ministerio petrino, pisar —en fin— sobre las huellas de Pablo VI y de Juan Pablo I: procurando la fidelidad a las normas litúrgicas, cultivando la «gran disciplina» de la Iglesia, comprometiéndose en la vía hacia la unidad de los cristianos, afrontando con valentía el camino de la paz, del desarrollo y de la justicia internacional. «Los recientes acontecimientos de la Iglesia y del mundo son para todos nosotros una lección saludable: ¿cómo será nuestro pontificado?, ¿cuál es la suerte que el Señor reserva a su Iglesia en los próximos años?, ¿cuál será el camino que la humanidad recorrerá en estos años que nos aproximan al año 2.000?»³¹.

El Santo Padre no podía saber que dos años y medio más tarde —13 de mayo de 1981— la Iglesia iba a contemplar con dolor y emoción, como sólo las esposas fieles son capaces de comprender, un espectáculo que Dios no había permitido por mucho más de mil años. El atentado no dejó huellas psicológicas en una personalidad completamente penetrada de su misión. Juan Pablo II es consciente de que su existencia sacerdotal estaba llamada a desarrollarse sobre el légame del dolor: «...mi sacerdocio, ya desde su nacimiento, ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y mujeres de mi generación. La Providencia me ha ahorrado las experiencias más penosas; por eso es aún más grande mi sentimiento de deuda hacia las personas conocidas, así como también hacia aquellas más numerosas que desconozco, sin diferencia de nación o de lengua, que con su sacrificio sobre el altar de la historia han contribuido a la realización de mi vocación sacerdotal. De algún modo me han introducido en este camino, mostrándome en la dimensión del sacrificio la verdad más profunda y esencial del sacerdocio de Cristo»³².

3. *La herencia del Concilio*

Pocas veces ha deparado la Historia un pontífice tan consciente de ser administrador de *una herencia*: la herencia del Concilio Vaticano II. San Pío V se sintió responsable de la recepción de Trento; pero era otra época. Se iniciaba la modernidad; era reciente el descubrimiento del Nuevo Mundo; Europa había redescubierto la antigüedad clásica y la «renascità» suplantaba en prestigio a la misma sabiduría. Por su parte, Trento era —lo fue en su misma génesis— una tarea árdua. Nadie lo hubiera llamado una herencia.

31. *Ibidem, ad finem*, 904.

32. JUAN PABLO II, *Don y Misterio. En el quincuagésimo Aniversario de mi Sacerdocio*, BAC, Madrid 1996, 52.

El Vaticano II no fue así: en su génesis suscitó sorpresa y euforia: euforia excitante. Nunca una convocatoria ecuménica fue tan concurrida, tan variada en su representación. Nunca un acontecimiento eclesial inspiró tanta expectación a nivel mundial.

Pablo VI lo gobernó y llevó a término. Inició asimismo la tarea de ejecutar sus grandes proyectos, fue el primero en extraer de sus riquezas y en interpretar sus luces.

Juan Pablo II accedía al pontificado consciente de su responsabilidad: pienso que percibía ya nítidamente que ser Papa después del Vaticano II exigía una aportación de genialidad que no brotaría de su sola personal iniciativa. *He aquí lo que el Espíritu dice a las Iglesias*, pensaba en su interior de modo totalmente consciente. «El Concilio no es solamente el tenor preciso de unos documentos ni se termina con las aplicaciones que se han venido haciendo durante los últimos años. Consideramos un deber primordial promover con máximo cuidado la puesta en práctica de sus normas y orientaciones, obrando al par con prudencia y con estímulo para sintonizar con el oportuno talante. (...) Es preciso, en resumen, llevar a madurez —moviéndose a favor del sentido de la vida—, las semillas fecundas que los padres del Concilio ecuménico, inspirados por la palabra de Dios, arrojaron en tierra buena —es decir, sus enseñanzas autorizadas y sus elecciones pastorales—»³³.

Juan Pablo II se reconocía, por tanto, ante una herencia. Ahora bien, reconocerse administrador e intérprete de semejante herencia significa, por un lado, una gran honestidad; significa también prepararse a la tribulación. Juan Pablo II tenía conciencia de ambos extremos que desde ese momento le conciernen: el de la *honradez* y el del *riesgo*. El Papa Wojtyła no ve en el Concilio un árbol desarrollado, bello e inmarcesible; menos todavía un «capolavoro» cosificado como el *David* de Miguel Ángel o como la *cúpula de San Pedro* —definitivamente logrados para permanecer expuestos a la admiración de las generaciones; intocables porque pasó la hora del genio—. Al contrario: ve el Concilio como una semilla viva o como un viento sobre cuyas alas es necesario dejarse elevar. También aquí, la *honradez* comienza por respetar la vida que empieza.

Pero la *tribulación* es la otra cara de la moneda. Son muchos los que piensan —y creen apoyarse en sólidos argumentos— que también les compete la interpretación del Concilio, que saben bien que una cosa es la palabra y otra cosa es el espíritu, *que la letra mata y sólo el espíritu da vida*. En principio, no necesariamente les falta razón: porque *el Espíritu sopla donde quiere*. Ahí está,

33. JUAN PABLO II, *Primer mensaje al mundo*, c., «La Documentation Catholique», c., 902.

pongo por caso, la Madre Teresa de Calcuta, que encarna con justeza una interpretación del Concilio. La tribulación empieza cuando la clave interpretativa se halla en el «propio Marte». Cuando el Espíritu es suplantado por el genio. Entonces, Ismael amenaza con arrebatar la herencia de Isaac.

4. *Ecumenismo, primado y colegialidad*

«El Vaticano II —proclamaba Juan Pablo II en la primera época de su pontificado— es el «don» que el Espíritu ha hecho a la Iglesia a la vuelta de dos milenios»³⁴. Se comprende que, si es el «don» del Espíritu a la Esposa, Ella debe aceptarlo con delicada fidelidad. Entonces el Concilio es un gran tema de meditación, una gran llamada al examen. Bajo esta premisa, lo impresionante no es que Juan Pablo II piense que el Pueblo de Dios deba madurar responsablemente, que deba hacerse consciente de su misión salvífica, a la luz de la enseñanza conciliar. Lo impresionante es la actitud ejemplar del propio Pontífice: por su sinceridad desprendida de condicionamientos y de apriorismos, por su búsqueda infatigable y audaz de la pureza primigenia en el ejercicio de su ministerio.

En concreto, Juan Pablo II no entiende la misión primacial, característica del ministerio petrino, como un despliegue en solitario de la responsabilidad del obispo de Roma. El Concilio proclamó el carácter colegial del «ordo episcoporum» cuya cabeza es el Papa. Así como la cabeza jamás actúa sin el cuerpo, mucho menos contra el cuerpo, así tampoco el pontífice romano jamás ejerce su capital primacía sino «en el fuerte marco de la colegialidad» —*in una forte cornice di collegialità*—. «A esta verdad del principio existencial de la Iglesia debemos remontarnos siempre en modos diversos, y ella es cotidianamente vivida por la Iglesia misma en forma cada vez más adecuada a las exigencias del tiempo presente según las indicaciones del Concilio»³⁵.

Quienes escucharon estas palabras en 1980 no podían avizorar cuán cerca estaba el momento en que se plantease una reforma purificadora del ejercicio primacial. Es bien sabido que no eran pocos los que pensaban que con el Vaticano I se había tocado techo en la comprensión del Primado Romano. ¿Hacían falta ya más concilios? —era la cuestión—. Como en otros, puntos el magisterio de Juan Pablo II resulta también aquí sorprendente.

Quince años más tarde, en la encíclica *Ut unum sint* el Papa se declara consciente de que la fe de la Iglesia Católica acerca del Primado de honor y de

34. JUAN PABLO II, *Discurso a los cardenales y prebostes de la Curia el 28 de junio de 1980*. En «Acta Apostolicae Sedis» LXXII, 646.

35. *Ibidem*.

jurisdicción que adorna al obispo de Roma, como sucesor de Pedro —cuyo ministerio es el signo visible y la garantía de la unidad—, constituye un obstáculo para la mayor parte de los otros cristianos, cuya memoria está jalonada de dolorosos recuerdos: «por aquello de que seamos responsables, junto con mi predecesor Pablo VI, pedimos perdón»³⁶. Y para que se vea que no son palabras al viento, corrobora más adelante la necesidad y la determinación de «encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar en modo alguno a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva. Por un milenio los cristianos estaban unidos «por la fraterna comunión de la fe y de la vida sacramental, interviniendo la sede romana de común acuerdo, cuantas veces había disentimientos acerca de la fe o la disciplina» (*Unitatis redintegratio* 14)».

Juan Pablo II expone seguidamente con qué sinceridad ha comenzado a dar pasos para identificar aquello que debe ser abandonado, salva la verdad dogmática del Primado de Pedro y de sus sucesores: «Dirigiéndome al Patriarca Ecuménico, Su Santidad Dimitrios I, he dicho que soy consciente de que «por razones muy diversas, y contra la voluntad de los unos y de los otros, aquello que debía haber sido un servicio ha podido manifestarse bajo una luz bastante distinta. Mas... es por el deseo de obedecer verdaderamente a la voluntad de Cristo por lo que me reconozco llamado, como obispo de Roma, a ejercitar ese ministerio... El Espíritu Santo nos dé su luz, e ilumine a todos los pastores y teólogos de nuestras iglesias, a fin de que podamos buscar, evidentemente juntos, las formas en que este ministerio pueda realizar un servicio de amor reconocido por unos y por otros». Labor ingente, que no podemos rechazar, pero que tampoco podemos realizar en solitario. La comunión real, aunque imperfecta, que existe entre nosotros, ¿no podría inducir a los responsables eclesiales y a sus teólogos a instaurar conmigo —acerca de esta misma cuestión— un diálogo fraterno, paciente, en el que podremos escucharnos más allá de las estériles polémicas, teniendo en la mente tan sólo la voluntad de Cristo con respecto a su Iglesia, dejándonos traspasar por su grito: *que sean también ellos una sola cosa en Nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado?*»³⁷.

Cuando se escriben estas líneas —15 de diciembre de 1996— sale en los periódicos la noticia de sendos encuentros de Juan Pablo II: con el Católico de los Armenios y con el Primado de la Iglesia Anglicana. Se acaba, asimismo, de celebrar en Roma un simposio de gran altura científica, en torno a la referida interpelación de la *Ut unum sint*: clima grato, con asistencia de teólogos de diversas especializaciones, de variadas áreas geográficas. Presentes

36. JOANNIS PAULI II, *Litterae Encyclicae «Ut unum sint»: de Oecumenico Officio*, n.º 88. «Acta Apostolicae Sedis» LXXXVII (1995) 974.

37. *Ibidem*, nn. 95-96, 975-976.

allí —claro está—, representantes de otras confesiones cristianas. Ha correspondido la presidencia al Cardenal Ratzinger, habida cuenta de que la celebración corría bajo responsabilidad y a iniciativa de la Congregación para la Doctrina de la Fe³⁸.

El compromiso es audaz y demuestra que esa corriente crítica que pretende etiquetar a Juan Pablo II como fundamentalista inflexible no se lleva bien con la realidad. En este pontificado se han desarrollado de modo patente instituciones de colegialidad como el Sínodo de los Obispos —en sus asambleas ordinarias y extraordinarias—; celebraciones numerosas de Sínodos nacionales, regionales o continentales; consultas frecuentísimas —habituales, debe decirse con más razón— en asuntos importantes, hechas al Sacro Colegio Cardenalicio; encuentros intensos con los diversos episcopados en las visitas «ad limina» o con ocasión de los diversos y numerosísimos viajes pastorales; eso, sin contar con la solicitud por acompañar y confirmar la labor de las conferencias nacionales de los obispos, «que en modos diversos tienden a expresar aquel *iunctim* (juntamente) que es el punto de contacto entre el carácter colegial de los obispos y el primacial de Pedro, en el ejercicio del respectivo ministerio pastoral en la Iglesia»³⁹. Baste recordar, a modo de ejemplo, el Sínodo particular de los obispos holandeses, la Asamblea Plenaria del episcopado latinoamericano reunida en Santo Domingo, o el Sínodo Africano celebrado en Roma y acompañado con multicolores y vivas expresiones de la fe común hecha carne y sangre, cultura de diversísimos pueblos: acontecimientos que están en la mente de todos y que indican con inequívoca relevancia —recuperando una dimensión desdibujada durante siglos— la naturaleza sinodal de la Iglesia.

Ese *riesgo*, a que antes se aludía, y que consiste en que son muchos quienes se consideran legítimos intérpretes del Concilio, se torna —bajo el gobierno de Juan Pablo II— en estímulo para el ejercicio de la colegialidad. La tarea eclesial ha sido muchas veces comparada a las tareas agrícolas —*Ego sum vitis vera et Pater meus agricola est*—: es necesario sembrar si se quiere recoger. Pero hay que aprender a esperar.

38. El Decano de esta Facultad de Teología, Prof. Pedro Rodríguez, intervino el segundo día del Simposio con una ponencia que se titulaba *Para una hermenéutica de «Pastor Aeternus»*. Asimismo «Il Regno» (1.X.96) publica una conferencia de Mons. John Raphael Quinn —controvertido arzobispo de San Francisco en California y ex-presidente de la Conferencia Episcopal de USA, actualmente emérito a sus sesenta y seis años— pronunciada en Oxford acerca de este mismo principalísimo argumento. Prueba evidente de la capacidad de convocatoria que corresponde a esta interpelación.

39. JUAN PABLO II, Discurso a los cardenales y preladados de la Curia el 28 de junio de 1980, c., n.º 4 ad finem (*ibidem*, 647).

5. *Derechos humanos*

Desde que en el Aula conciliar se acuñara la frase *Iglesia de los pobres* —con sincera acogida por parte del pueblo cristiano—, han sido muchos los signos de desprendimiento y de pobreza evangélica con que la Sede de Pedro ha mostrado su docilidad a la voz del Espíritu.

En los primeros días de su pontificado Juan Pablo II hacía saber que el uso de la tiara había quedado obsoleto desde que Pablo VI regalara la suya, en gesto ejemplar, para ayuda de los necesitados. La silla gestatoria tampoco se ha vuelto a usar: otra cosa es el vehículo funcional —la expresión «papamóvil», por popular que sea, me parece de un gusto detestable— para trasladarse por entre de la multitud (vehículo, por cierto, que hizo tan buen servicio el día del atentado). Pero —aparte la progresiva abolición de signos de majestad, que no corresponden a la imagen de sencillez con que el Pastor de la Iglesia desea mostrarse— sería una tarea inabarcable pretender dar cuenta, siquiera aproximada, de la multitud de intervenciones magisteriales y pastorales de la Santa Sede inspiradas por la solicitud ante la dolorosa lacra de la pobreza del mundo.

El compromiso eficaz del Papa en pro de los derechos humanos, la defensa incansable de la dignidad de cada persona, el afán de cercanía, incluso física, a los pobres, desheredados, sufrientes hijos de la guerra o de la enfermedad o de la injusticia pesan en el platillo de la balanza de un modo decisivo y hacen a Juan Pablo II acreedor al prestigio internacional, del que goza en grado plebiscitario. La pertinacia de los cazadores de brujas que reprochan, por ejemplo, las fallas de la economía vaticana, contemplada como un negocio de alcances egoístas, no logra empañar el mérito de un esfuerzo gigantesco a favor del justo reparto de los bienes de la tierra, de la equidad, de la solidaridad y de la fraternidad de los hombres y de los pueblos. El peor de los casos —como sería el del arzobispo Marcinkus— no pasa de ser una anécdota tan desagradable como inevitable en empresas voluminosas.

Desde la publicación de la *Rerum novarum* ha transcurrido un siglo portentoso de adelantos científicos y técnicos y, también, de desafíos históricos, algunos de ellos, insolentes y casi definitivos. Una actitud crítica y reticente ante la generosa cosecha de bienes que a nuestra época le ha tocado recoger, constituiría un obscurantismo. La humanidad está batiendo sus alas hacia la aurora de un nuevo despertar, que viene acompañado de un nuevo reconocimiento de sí —una «ilustración posmoderna» que da conciencia a las actuales generaciones confiriéndoles una euforia casi revolucionaria—. Sí. Es verdad que la hora adolece de un déficit de pensamiento: *peligra la suerte futura del mundo si no surgen hombres más llenos de sabiduría*. Pero eso no es otra cosa que la actuación de aquella «ley del doble progreso contrario» que Jacques Maritain sintetizaba

admirablemente como una constante del desarrollo histórico⁴⁰. Creo que debe afirmarse que los arreboles del ocaso de una era, que dice adiós —y esa era no es por cierto la cristiana—, son a la vez anuncios que prometen aurora serena.

La Doctrina Social de la Iglesia ha venido levantándose durante un siglo con lentitud eficaz, biológica. Y en ese levantarse corresponde a Juan Pablo II ser señero. Baste recordar la trilogía de documentos: *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis*, *Centesimus annus*. A los veinte años de la *Populorum progressio*, el panorama del mundo podría presentarse desconsolador. Juan Pablo II contempla el panorama escindido en cuatro grandes lóbulos: superdesarrollo del Norte frente a subdesarrollo del Sur; Bloque del Este frente a Bloque del Oeste, enfrentamiento de las dos grandes potencias que tienden incansablemente a ejercer su influjo sobre las potencias menos poderosas determinando —por decirlo así— una insalvable «estructura de pecado». Un mundo de adelanto corre el riesgo de convertirse en un mundo de indiferencia: «Son muchos los que plantean su vida siguiendo como únicas leyes el provecho, el prestigio y el poder»⁴¹.

Juan Pablo II brinda por un sistema alternativo de valores estructurado en torno a la solidaridad. Así lo ha venido explicando él mismo a las más altas relevancias de Estado. Lo primero es el hombre. «“El hombre es la vía de la Iglesia”, como he recordado desde el inicio de mi pontificado. Y si es verdad que la Iglesia conoce el misterio del hombre a la luz del misterio de Cristo, es asimismo verdad que ella aprende también a comprenderlo a través de las experiencias de los individuos como a través de los éxitos y los fracasos de las naciones. Por eso la Iglesia como “experta en humanidad” se asocia hoy más que nunca a todos los que quieren servir a la causa del hombre y contribuir al progreso de las naciones. Tal solicitud por el hombre puede llevar no sólo a la superación de las tensiones internacionales y al fin de la confrontación entre los Bloques, sino que puede incluso favorecer el nacimiento de una solidaridad universal, sobre todo respecto a los países en vías de desarrollo. De hecho la solidaridad —como ya he tenido ocasión de decir— nos ayuda a ver al otro — persona, pueblo o nación— no como un instrumento cualquiera, (...) sino como un “semejante”, como una “ayuda” a quien hay que hacer partícipe, igual que nosotros, del banquete de la vida, al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios»⁴².

40. Cfr. Jacques MARITAIN, *Pour une philosophie de l'histoire*, en Jacques et Raïssa MARITAIN, *Oeuvres complètes*, X, Fribourg (Suisse) 1985, 649-656.

41. JUAN PABLO II, *Homilía en la Jornada de la Paz*, 1 de enero de 1997.

42. JUAN PABLO II, *Discurso al Presidente del Soviet Supremo de la URSS, Mijail Gorvachov, el 1 de diciembre de 1989*, en Miguel CASTELLVÍ/Mercedes GORDON (drs.), *Juan Pablo II. Del temor a la esperanza*, v. II, Altamira, Madrid 1993, 153

Nada se pierde con la paz, todo se puede perder con la guerra, era «leit motiv» de Pío XII en la época de la segunda conflagración. *No tengáis miedo*, ha sido como el «kerygma» del presente pontificado. Dos «leit motiv» que, en parangón, resultan paradójicos; coincidentes en su más íntimo sentido. No son invitación a la prudencia de un «laiser faire, laiser passer», sino a abrirse a la paz que es obra de la justicia. Apertura al bien —a la virtud, beneficioso deber moral— de la solidaridad. El mundo ha tenido que aprender a través de severa experiencia que *todo se puede perder con la guerra*: «La humanidad espera hoy nuevas formas de cooperación y de ayuda recíproca. La tragedia de la segunda guerra mundial nos ha enseñado, sin embargo, que si se olvidan los valores éticos fundamentales, pueden nacer consecuencias tremendas para la suerte de los pueblos y hasta los más grandes proyectos pueden fracasar. Por esto, en la Carta Apostólica escrita para conmemorar el 50º aniversario del inicio de la segunda guerra mundial he sentido el deber de recordar a la humanidad que *no hay paz si el hombre y el derecho son despreciados y si los derechos de todos los pueblos* —y particularmente de aquellos más vulnerables— *no son respetados*. Además he expresado a los hombres de gobierno y a los responsables de las naciones mi profunda convicción de que el respeto de Dios y el respeto del hombre van juntos. Ambos constituyen el principio absoluto que permitirá a los estados y a los bloques políticos llegar más allá de sus antagonismos»⁴³.

6. *Sensibilidad histórica*

Juan Pablo II tiene una «sensibilidad histórica» que puede calificarse de «natural» y de «necesaria». Del mismo modo que hay una lógica «natural», que puede ser incontestable, una sabiduría «natural», de quien sin ser un especialista tiene pupila para interpretar los signos, el papa Juan Pablo II tiene «sensibilidad histórica natural». Se explica por su fino sentido pastoral. A la perceptividad pastoral en grado de sabiduría corresponde una capacidad de orientación histórica, una valoración del recuerdo e identificación de sí mismo que el pueblo lleva inscrito en su propia idiosincrasia: «la teología pastoral o práctica, es una reflexión científica sobre la Iglesia en su vida diaria, con la fuerza del Espíritu, a través de la historia...»⁴⁴.

Esa sensibilidad es también «necesaria», si se tiene en cuenta la experiencia personal fundida con la experiencia de su Patria a lo largo de una existencia tan ajena a «la insoportable levedad del ser». La historia en su esencia es ejerci-

43. *Ibidem*.

44. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, Roma 25 de marzo de 1992, n.º 57.d.

cio crítico y conciencia de identidad: Polonia ha necesitado de la historia mucho más que otros pueblos. Tal vez desde el Occidente, donde los años del «telón de acero» han podido ser interpretados como un lapso de inactividad y de pérdida, no sea fácil comprender el sentido fuerte del principio agustiniano de la Ciudad de Dios: *homines sunt tempora*, que podría también traducirse con sentido justo *los hombres son su historia*.

Se ha achacado a Wojtyła, como si se tratase de un serio inconveniente, el ser polaco. Se le mira como afectado por la inexperiencia polaca de ciertos valores occidentales. Se le desestima por no haber vivenciado el proceso de secularización como los países de Occidente. «Les pasa a muchos con él —digo haciendo mías las palabras de Olegario González de Cardedal— lo que a él le pasaba con el resto de Europa en los días del Concilio, cuando le confesaba a otro polaco: «Tengo la impresión de que los teólogos franceses, alemanes, italianos, todos los de Europa occidental, carecen de nuestras experiencias. Parece que con pocas excepciones, el mundo se acabe con ellos mismos. Pueden entender a los EE. UU., pero para ellos el bloque del Este sencillamente no existe, no les interesa»⁴⁵. «Se non è vero, è ben trovato».

Polonia, eso es cierto, no ha vivido la modernidad como Francia, España o Italia. Sobre la élite intelectual polaca ha debido de pesar de modo característico la *Aufklärung*. Pero el catolicismo polaco se ha habituado al martirio durante siglos y tiene como contrapartida una visión de la historia roqueña, perpetuista. Nada, tal vez, ha sabido Polonia de la fermentación liberal, de la tempestad modernista, del proceso secularizador. El mismo Karol Wojtyła ha vivido los valores católicos y patrios siempre bajo ambiente hostil, con las libertades amenazadas, recortadas, aplastadas, manteniendo la fidelidad religiosa con heroica constancia en un horizonte de supervivencia. No digamos ya la «ostpolitik» vaticana de la segunda mitad del pontificado de Pablo VI; mucho antes, el mismo Vaticano II hubiera podido significar un trauma para la fundamentación dogmática del heroísmo polaco, de no haber existido personalidades como Wyszyński o Wojtyła capaces aportar serenidad y de traducir a la óptica de su patria los logros conciliares.

Wojtyła ha tenido que hacer frente desde el comienzo de su pontificado a dos mundos muy desiguales: el mundo de las libertades modernas y el mundo de las grandes dictaduras. En el primer mundo —democracia, liberalismo, capitalismo, pluralismo— se había vivido una experiencia de la libertad —y en concreto de la libertad de la Iglesia— que mostraba igualmente sombras indeseables. En

45. Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Juan Pablo II, ante el fin de siglo*, «ABC Cultural», n.º 269, 27 de diciembre de 1996, 7.

el otro mundo —paraíso soviético y sus aledaños utópicos—, la experiencia de la Iglesia es una experiencia de represión. La de Polonia, «es una Iglesia que ha defendido al hombre, su dignidad y sus derechos fundamentales; una Iglesia que ha luchado valientemente por el derecho de los fieles a profesar su fe. Una Iglesia extraordinariamente dinámica, a pesar de las dificultades y los obstáculos que se interponían en el camino»⁴⁶.

La afirmación de Protágoras, *el hombre es la medida de todas las cosas*, tiene en Occidente peculiares raíces reductoras, que se han desarrollado de modo que la historia que no fuese occidental apenas ha merecido atención. En la época de los bloques, el oriental —tras el telón de acero, mundo de la dictadura, de la represión y de la castración mental— cedió sin intentarlo la mejor parte al bloque occidental —libertad, progreso, racionalidad, democracia—. Se comprende que un Papa venido del mundo de la represión pueda encontrar inconvenientes o, incluso, rechazos y desprecios dedicados desde el mundo de la democracia y del consumismo: rechazos y desprecios, sustentados por la sospecha injustísima que considera infradotados o infradesarrollados a los pueblos oprimidos, sin experiencia de las libertades, del pensamiento, de la sensibilidad sin barreras. Debería reconocerse ya que el pensamiento de Occidente no monopoliza los aciertos. «En este testimonio jubilar —confiesa sencillamente Juan Pablo II— tengo que expresar *mi gratitud a toda la Iglesia polaca*, en cuyo seno nació y maduró mi sacerdocio. Es una Iglesia con una herencia milenaria de fe... Es una Iglesia profundamente unida al pueblo y a su cultura; una Iglesia que siempre ha sostenido y defendido al pueblo... Es también una Iglesia que en este siglo ha sido duramente probada: ha tenido que sostener una lucha dramática por la supervivencia contra *dos sistemas totalitarios*: contra el régimen *nazi*, durante la segunda guerra mundial; y después, en los largos decenios de la posguerra, contra la *dictadura comunista* y su ateísmo militante»⁴⁷.

Ha solidado atribuirse a la mujer el mérito de la agricultura, de la domesticación de los animales de compañía y de servicio, de la cerámica y de la cestería, del tejido, de la conservación del fuego y del hielo, de la educación y del recuerdo de los grandes relatos. El prestigio que para ella tiene lo concreto corre parejas con la admiración a cuanto vive y germina, a cuanto evoluciona y se transforma biológicamente. Su potencia intuitiva la preserva frente al mito vaporoso y sin sentido. *Maria autem conservabat omnia verba haec conferens in corde suo*. Juan Pablo II —meditando estas palabras— ha percibido que la historia tiene nombre de mujer. Ha señalado la eficacia natural del «role» materno para la estabilización de la cultura y —en augusta coherencia— para la transmisión

46. JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, c., 84.

47. *Ibidem*, 83.

de la fe y para su inculturación⁴⁸. La inculturación no es posible —sencillamente— sin el amor humano. De ahí que cualquier pastoral que quisiera triunfar con violenta imposición resultará inquisitorial, si no cuenta con la instancia insoslayable y digna del más delicado respeto al «role» de acogida. Si algo debe exigirse a cualquier pastor es que conozca a su pueblo.

Que el pueblo polaco tenía que ser suavemente guiado por sus pastores hasta comprender el Concilio y asimilar su espíritu, creo que es un dato. Otro dato es que en Polonia no se han dado las escisiones inconciliables producidas en torno al mensaje conciliar en algunos países de Occidente. Lo cual, algo dice de la sabia prudencia de los pastores. Todo el mundo sabe que, entre los obispos polacos, Wojtyła es un líder llamado a entender mejor que nadie el diálogo con Occidente; ahora bien, al hacerlo —dicen, y aquí se le aplica el remoquete— no ha sabido desprenderse de la «visión polaca». Ha hecho opción a favor de quienes, por haber estado en una actitud de inmovilidad martirial, pagan ahora la factura de una inexperiencia que los sitúa muy lejos de la idiosincracia de los occidentales, tanto del mundo intelectual como del consumidor de a pie: al hacer esa opción ha «polonizado» —aun sin quererlo de un modo explícito— a la Iglesia⁴⁹.

Esta mentalidad que acabo de describir —tan frecuente en cierta literatura— es evidentemente «occidentocéntrica» (valga la expresión). Pero tal vez convenga al Occidente no hacer tanto caso a sus demonios tradicionales. Tampoco es ningún secreto —no debería serlo, al menos— que hay experiencias que llevan el sello inequívoco de la autenticidad: «Es fácil comprender mi sensibilidad por la dignidad de toda persona humana y por el respeto de sus derechos, empezando por el derecho a la vida. Es una sensibilidad que se formó en los primeros años de sacerdocio y se ha afianzado con el tiempo. Es fácil entender también mi preocupación por la familia y por la juventud: todo esto ha crecido en mí de forma orgánica gracias a aquellas dramáticas experiencias»⁵⁰.

Pero la historia es «Historia Mater», sobre todo la que es cristiana, la de la cultura del amor, la que es memoria para cobrar identidad y vivir según ella. «Alma Mater» del conocimiento y de la experiencia humanos. Si es así, la historia pasa por la experiencia del perdón. La historia juega un papel decisivo en la cultura, en el diálogo entre los pueblos y razas y en el «role» de la recíproca acogida. Pero entonces, «...no se puede permanecer prisioneros del pasado: es

48. Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en la Jornada de la Paz, 1 de enero de 1985*, nn. 1 y 6. «L'Observatore Romano» 2-3 Gennaio, 1985, 4.

49. Cfr. Giuseppe ALBERIGO, *Dix ans de pontificat*, en «Études», mayo de 1988, cit. Por Jan GROOTAERS, *o.c.*, 672-677.

50. JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, c., 84.

necesaria, para cada uno y para los pueblos, una especie de purificación de la memoria a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más»⁵¹.

Alguien ha dicho que la buena memoria sabe olvidar...

7. *En el ámbito de la interpretación conciliar*

En el Derecho Canónico, el presente pontificado ha recogido los frutos maduros de los años anteriores, cuando Pablo VI gobernaba la Iglesia. El *Código de Derecho Canónico*, promulgado en 1983 para las iglesias de tradición latina, sustituía al Codex benedictino de 1917. Asimismo, en 1990 se promulgaba el *Código de Cánones para las Iglesias Orientales*, que es la «primera recopilación completa de normas comunes a esas 22 iglesias de ritos orientales en comunión con Roma». Por último, la Constitución *Pastor Bonus* se ocupaba de la curia romana y del gobierno central de la Iglesia. «Con estos tres grandes documentos normativos ha quedado constituido —son palabras del mismo Juan Pablo II— el nuevo «Corpus Iuris Canonici», es decir, el completo y orgánico ordenamiento legislativo de la Iglesia universal»⁵². Como importante complemento de este *corpus* debe ser mencionada la *Universi Dominici Gregis*, de 22 de febrero de 1996, en que Juan Pablo II reforma y actualiza la normativa para la elección del Romano Pontífice⁵³.

Sin salir del ámbito del Derecho Canónico, conviene referirse, por su relieve pastoral, a las prelaturas personales. La figura jurídica de la prelatura personal había sido prevista por el Concilio Vaticano II (cfr. *Presbyterorum ordinis*, 10) y es, todavía hoy, reciente en el Derecho de la Iglesia. En efecto: el 6 de agosto de 1966 Pablo VI hizo ejecutiva la iniciativa del concilio que preveía la creación de prelaturas personales con el Motu proprio *Ecclesiae Sanctae*. En ese documento se precisaba (I,4) que los laicos podían vincularse a las prelaturas personales que se erigiesen en el futuro mediante una convención o pacto bilateral entre el fiel laico y la prelatura. Un año después, el 15 de agosto de 1967, Pablo VI precisó, en la Constitución apostólica *Regimini Ecclesiae Universae* (49.1), que las prelaturas persona-

51. JUAN PABLO II, *Homilía en la Jornada de la Paz, 1 de enero de 1997, c.*

52. Julián HERRANZ, *Juan Pablo II, máximo legislador de la Iglesia*, en *Juan Pablo II. Del temor a la esperanza*, v. II, c., 86. Cfr. et. A. MARZOA, J. MIRAS y R. RODRÍGUEZ-OCAÑA (coords. y drs.), *Comentario exegético al Código de Derecho Canónico*, 5 vols. distribuidos en 6 tt., bajo la responsabilidad científica del Instituto Martín de Azpilcueta y de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, EUNSA, Pamplona 1996. La obra es de obligada referencia por la magnitud del esfuerzo y por la calidad de los estudios.

53. Ya se ha hecho referencia anteriormente al documentado estudio de Piotr MAJER, «*Universi Dominici Gregis*».

les dependerían de la Congregación de los Obispos, y se erigirían por el Romano Pontífice tras escuchar el parecer de las conferencias episcopales interesadas.

El Opus Dei fue erigido por Juan Pablo II en prelatura personal de ámbito internacional, mediante la Constitución apostólica *Ut sit*, el 28 de noviembre de 1982. Con este documento, el Romano Pontífice promulgó los Estatutos, que son la ley particular pontificia de la Prelatura del Opus Dei. Según la actual regulación canónica, en efecto, cada una de las prelaturas personales debe regirse por el Derecho general y por sus propios estatutos. Estos Estatutos del Opus Dei son los preparados por su Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer, años atrás. Mons. Escrivá de Balaguer, que había fallecido en olor de santidad el 26 de junio de 1975, fue beatificado por Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro del Vaticano, el 17 de mayo de 1992, ante una multitud numerosísima de fieles de los cinco continentes (unas 250.000 personas). La trascendencia del fenómeno pastoral del Opus Dei no se limita, evidentemente, a haber impulsado una nueva figura jurídica en el seno del ordenamiento canónico de la Iglesia. También tiene el Opus Dei relieve teológico, que deber ser destacado. En primer lugar, su conexión con el Vaticano II, al subrayar, desde su fundación en 1928, la llamada universal a la santidad y al apostolado. Asimismo, es importante señalar la particular vivencia cristiana de la secularidad, tanto para laicos como para sacerdotes, que se halla inscrita profundamente en su espiritualidad.

En la esfera de lo pastoral y al servicio de la administración de la herencia del Concilio, se destacan también los viajes apostólicos, a los que Juan Pablo II concede una importancia extraordinaria. Para él los viajes condensan el talante evangelizador —apostólico y misionero— característico de Pablo de Tarso o de los primeros colaboradores de «los Doce», que recorrieron incansablemente el mundo conocido en aquella primera hora de la Iglesia. Lo que Juan XXIII ya percibió con claridad, lo que Pablo VI llevó a la práctica con generosidad, Juan Pablo II —políglota más que notable, que parece llevar en su boca las lenguas de Pentecostés— lo ha llevado a su culminación como una necesidad de la hora presente. «En tal contexto —explica él mismo— cobran su significado pleno todos y cada uno de los viajes-peregrinación del Papa, tanto por lo que respecta a lo específico de cada uno de ellos, como por lo que respecta a su entera globalidad. Estos viajes son visitas realizadas a cada una de las iglesias locales, y sirven para demostrar el puesto que a ellas les compete en la dimensión universal de la Iglesia; subrayando su aptitud peculiar en orden a constituir la universalidad de la Iglesia. Como he afirmado ya otra vez, cada viaje del Papa es «una auténtica peregrinación al santuario viviente del Pueblo de Dios»⁵⁴.

54. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a los cardenales y prelados de la Curia el 28 de junio de 1980*, c., n.º 10, 651.

En lo referente a la *liturgia*, la *Nova Instauratio Missalis Romani* —emanada bajo la autoridad del Papa Montini— así como la puesta en práctica de las sugerencias del Concilio acerca de la actualización y de la revitalización de la Liturgia, iniciada y avanzada a impulsos de aquel gran Pontífice, están todavía llamadas a recorrer un camino hacia metas cada vez más ambiciosas de fecundidad pastoral. La imagen del papa Juan Pablo II en las numerosísimas eucaristías celebradas en diversísimos puntos del planeta constituyen todo un ejemplo. La piedad del Santo Padre, profunda y auténtica, llena de naturalidad ha entrado por los ojos de cientos de millones de personas. Pocas cosas afectan a la sensibilidad de la persona como la autenticidad o la inautenticidad de las celebraciones litúrgicas y, a la vez, de pocas cosas se sienten tan celosos los creyentes. Ese ritmo pendular entre el rubricismo maximalista y la hipercreatividad «profética» o la hiperflexibilidad secularizante está llamado a superarse por el caminar sereno iniciado prestigiosamente por los grandes pioneros del *movimiento litúrgico*. Cómo no recordar el patético llamamiento a la responsabilidad, de la carta *Dominicae Coenae*: «... quiero pedir perdón —en mi nombre y en el de todos vosotros, venerados y queridos hermanos en el Episcopado— por todo lo que por el motivo que sea y por cualquiera debilidad humana, impaciencia, negligencia, en virtud también de la aplicación a veces parcial, unilateral y errónea de las normas del Concilio Vaticano II, pueda haber causado escándalo y malestar acerca de la interpretación de la doctrina y veneración debida a este gran Sacramento. Y pido al Señor Jesús para que en el futuro se evite, en nuestro modo de tratar este Sagrado Misterio, lo que puede, de alguna manera, debilitar o desorientar el sentido de reverencia y amor en nuestros fieles»⁵⁵.

En el terreno de la teología la actuación de Juan Pablo II es de una magnitud que sobrepasa el momento presente y necesitará la perspectiva que sólo puede dar la distancia de los tiempos. Dícese con razón que el Vaticano II ha sido por excelencia el Concilio de la Iglesia. Así, sus cuatro ejes son: Cristo, porque sin Cristo la eclesiología se disuelve; el Hombre, porque Cristo se ha unido en cierto modo a todo hombre y en consecuencia el hombre, cada hombre, es el camino de la Iglesia; la Palabra —y, en consecuencia el retorno a las fuentes—; la «Communio» —y, en consecuencia, la Unidad, que es el testamento de Cristo, el ecumenismo—. Decir «communio» es decir fuente y síntesis del misterio de la Iglesia. La fuente primordial de la «communio» y el bien máximo a que la «communio» tiende a dar acceso es la participación en la vida de la Santa Trinidad cuyo «misterio» reposa en la intimidad de la Iglesia.

55. JUAN PABLO II, Carta *Dominicae Coenae*, a todos los Obispos de la Iglesia sobre el Misterio y el Culto de la Eucaristía, Vaticano 24 de febrero de 1980, n.º 12, ad finem.

Lo exponía con sagaz precisión el Cardenal Daneels: «La unidad de la naturaleza divina es el fundamento y la condición de la distinción entre las Personas. De esta Trinidad la Iglesia es el icono. La Iglesia lleva en sí misma la imagen de Dios Uno y Trino. La unidad y comunión en la Iglesia derivan de la unidad y de la comunión en el seno de la Trinidad y se comprenden de la misma manera»⁵⁶.

Las cuatro dimensiones se entregan esclarecidamente en los grandes textos doctrinales del presente pontificado. «Si la teología ha necesitado siempre el auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones transcendentales que constituyen la capacidad real del hombre de ser interpretado por el mensaje cristiano, para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana»⁵⁷.

La trilogía formada por *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia* y *Dominum et vivificantem* —con todo lo que tiene de desconcertante para la lógica occidental— presenta en indisoluble unidad el misterio de Dios y el misterio del hombre, lo personal y lo social, lo individual y lo colectivo y universal, lo sacramental y lo estructural, lo carismático y lo institucional. *Redemptoris missio* significa una contemplación eclesiológica de portentosa ambición y *Redemptoris Mater* representa al par una meditación amorosa y original sobre María y una lección, muy digna de tener en cuenta, de antropología pastoral.

No es ya cuestión de detenerse mostrando al lector un panorama demasiado anchuroso para el espacio que se me concede. Me basta traer aquí a colación las palabras de Olegario González de Cardedal que se vierten sobre la experiencia de la hora histórica que nos acoge, de perplejidad y de búsqueda en la espera de un nuevo siglo y de un nuevo milenio: «Sobre ese fondo de perplejidad, Juan Pablo II quiere introducir a la Iglesia en el siglo nuevo, con claridad, firmeza y esperanza, marcando las grandes causas de la humanidad (la vida, la justicia, la solidaridad, el hombre como valor absoluto, Dios como lo primero necesario); las grandes fidelidades y tareas de la Iglesia (el Evangelio vivo y vivido, la palabra apostólica transmitida, la unión de todos los que creen en Cristo, los pobres de la tierra, la justicia entre los continentes). Se repite que él quiere con-

56. Godfried DANEELS, *Una eclesiología de comunión. Algunas reflexiones después del Sínodo extraordinario de 1985*, en Pedro RODRÍGUEZ (coor.), *Iglesia Universal e iglesias particulares*. IX Simposio Internacional de Teología, Pamplona 1989, 727-728; y José Luis ILLANES, *Teología y Facultades de Teología*, EUNSA, Pamplona 1991, 91-131.

57. JUAN PABLO II, *Discurso a los teólogos*, Salamanca 1 de noviembre de 1982.

cluir su pontificado haciendo en sentido inverso el camino de San Pedro y de San Pablo, desde Roma a Jerusalén. Revivir allí el destino de Cristo y visitar los lugares de Abraham, de Moisés y de los profetas. Frente a los mitos, que rebajan al hombre sumergiéndolo en la naturaleza, quiere proclamar al hombre-historia, al hombre-persona, al hombre-vocación divina, ascendiéndolo hasta la cumbre del Sinaí, para confesar al Dios Creador y Señor de la Historia, en el que judíos, cristianos y musulmanes se encuentran»⁵⁸.

El «corpus» doctrinal de Juan Pablo II es de magno gálibo. Ahora resulta aleccionador volver la mirada —*presto el atento oído*— a aquella gran overtura programática que fue la Encíclica *Redemptor Hominis*. Juan Pablo II no hace teología de gabinete; pero su mensaje sembrado y gigantesco comenzaba con aliento de rapsodia: «En estos cincuenta años de vida sacerdotal me he dado cuenta de que la Redención, el precio que debía pagarse por el pecado, lleva consigo también *un renovado descubrimiento, como una nueva creación de todo lo que había sido creado*: el redescubrimiento del hombre como persona, del hombre creado por Dios como varón y mujer; el redescubrimiento, en su verdad profunda, de todas las obras del hombre, de su cultura y civilización, de todas sus conquistas y acciones creativas. Después de mi elección como Papa, mi primer impulso espiritual fue dirigirme a Cristo Redentor. Nació así la Encíclica *Redemptor hominis*. Reflexionando sobre todo este proceso, veo cada vez mejor, la íntima relación que hay entre el mensaje de esta Encíclica y todo lo que se inscribe en el corazón del hombre por la participación en el sacerdocio de Cristo»⁵⁹.

Las líneas precedentes no han agotado el tema. Quedarían aún asuntos tan importantes como el lamentable cisma de Lefebvre, cuya exposición, con la finura que exige, requeriría varias páginas. Dígase solamente que el año 1985, «año de profundas conmemoraciones» —como dijo Carlos Sentís por aquella época en «La Vanguardia»—, fue el año del Sínodo extraordinario en que «se redescubrió» la eclesiología de comunión, que trajo un soplo de alegre esperanza y casi de triunfo. Tres años después, se marchó Lefebvre: consagró cuatro obispos sin mandato apostólico; de otro modo, la Santa Sede hubiera hallado camino: lo estaba buscando con sincero afán. Habría también que hablar de la caída del muro de Berlín. Del impacto pastoral producido por el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Del proyecto santamente ambicioso de la nueva evangeliza-

58. Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, l.c.; cfr. et. Antonio ARANDA (dir.), *Trinidad y salvación. Estudios sobre teología trinitaria de Juan Pablo II*, EUNSA, Pamplona 1989.

59. JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, c., 98.

Enrique de la Lama

ción. De la liberación. De las Américas —Norte, Centro y Sur, en sus sustanciales diferencias—. Y de otros puntos, porque es muy grande el panorama de la Iglesia en este mundo de los cinco mil millones de hombres. Sería justo hablar de la trayectoria mariana de una existencia sacerdotal⁶⁰. Pero este trabajo tiene su necesario confín.

Por los días del Concilio, el joven obispo Wojtyla contemplaba desde la plataforma de la masa humana el pasar de Pablo VI —sin saber que era su predecesor—, y pensaba —y no podía saber que estaba refiriéndose a sí mismo—: «Eres tú, Pedro. Quieres ser aquí el Suelo sobre el que caminan los otros... para llegar allá donde guías sus pasos... —Quieres ser Aquel que sostiene los pasos, como la roca sostiene el caminar ruidoso de un rebaño: Roca es también el suelo de un templo gigantesco. Y el pasto es la Cruz»⁶¹.

Enrique de la Lama
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

60. *Ibidem*, 42 ss.

61. *Ibidem*, 59.